

La "Escuela" de los presos

Escribe: BERNARDO VALDERRAMA ANDRADE

El patio de la cárcel era un fan-gal. Por dos semanas no había dejado de llover, de soplar viento huracanado, de hacer frío. El único sitio donde los presos de aquel pueblecito cundinamarqués podían hacer un poco de ejercicio, para desentumecer las articulaciones, estaba convertido en un rectángulo de agua estancada, en algunos rincones ya con tonos verdosos de descomposición, donde zumbaban nubes de mosquitos. A la noche, al destilar del agua sobre las tejas y canales rotas, al goteo incesante de lluvia en el patio, se unía como un concierto la voz crepitante de los grillos y sapitos.

Con el invierno, la vida de los presos se hacía aún más monótona; día y noche la pasaban tirados en los camastros mugrientos, sin otra alternativa que perseguirse los piojos de la cabeza, reventar las pulgas a dos uñas, chupar hasta extremos increíbles las colillas; solo la llegada del rancho, servido en tazones de aluminio y cuchara de palo, con la invariable sopa espesa de sabor a engrudo y tierra, los sacaba de los catres y el sopor; tomaban los pocillones, sin cruzar palabra entre ellos o la guardia, se apretujaban en una banca de

madera, pescaban con un poco de ilusión las redondas arvejas, las tiernas habas, o los pedacitos de zanahoria... A ello estaban reducidas sus iniciativas!... Desgreñados, haraposos, la piel del rostro escondida bajo hirsuta barba, igual el brillo de los ojos, igual la forma de pasarse la lengua por el bigote para no desperdiciar una gota de ese alimento, más parecían un grupo de irracionales enjaulados que de hombres...

Al otro lado de la puerta de tablones pintados de rojo, gruesos, carcomidos, claveteados, los cinco presos oían los pasos del guardián; de tanto escuchar sus movimientos, sus mentes representaban la imagen exacta de ese ir y venir del agente por el largo y embaldosado corredor, con dos puertas: una daba al recinto de los presos, la otra con reja-mirilla, al cuarto donde cada mes les permitían las visitas... También para la policía, ese turno debía ser aburrido.

* * *

La alcoba para los delincuentes era angosta, en permanente penumbra por la carencia de ventanas, aparte del tragaluz estrecho

y alto, con los bordes descascara- dos y un grueso barrote que impe- día cualquier deseo de evasión por los tejados; en aquel invierno, an- te la imposibilidad de salir al pa- tío con sus altísimas paredes rema- tadas en cercas de alambre de púas y pedazos de vidrio de botella, los hombres sin libertad permanecían como animales en etapa de adorme- cimiento; no hablaban..., ya nada podían contarse de tanto estar jun- tos; hasta el don de la palabra era un fastidio; la permanencia en la cárcel, el abandono físico, los ha- cía tan similares, que hasta con- fundían entre ellos cuál era el ho- micida, cuál el violador, quién cul- pable de abigeato, de robo al es- tanco o de agresión a la autori- dad... Al comienzo se relataron tantas veces sus faltas, con tal mi- nucia de detalles y motivos, que ahora todos se sentían un poco par- tícipes en los delitos; la desgracia común que los reuniera en este odioso encierro, los unía como una hermandad; el delito existía en sus mentes cual fuerza latente, miste- riosa, sicológica, que en el sueño adquiría realidades impresionan- tes... Juan Quintero ya no soña- ba con sus faltas, cuando al ampa- ro de la noche asaltaba los corra- les, donde los ricos hacendados en- cerraban el ganado al terminar el día; los perros habían sido aleja- dos por su cómplice, (que no fue capturado) en tanto él enlazaba la res, la sacaba del corral, la arres- taba lejos, muy lejos, hasta el si- tío convenido donde era degollada y despresada, para luego vender la carne subrepticamente.... No, Juan Quintero ya no soñaba con el robo de ganado... ahora se veía en el asalto nocturno al estanco, por el cual fue condenado Avelino García... y este, a su vez en pe- sadilla, se descubría cometiendo la

violación de una muchachita cam- pesina, que venía al mercado del pueblo desde una lejana vereda, cometido por Eudías Beltrán, ese don Juan campesino, quien ahora pagaba sus conquistas primitivas con una larga condena, y a su vez se veía dando soberana paliza a ese hombre, ya de alguna edad, que re- sultó ser el alcalde del pueblo... Curiosa telepatía, donde comulga- ban con la transgresión de la ley y los derechos humanos.

* * *

La mañana de aquel día escam- pó y salió el sol. En los campos aledaños al viejo edificio de la cárcel, bajaron de una camioneta, don Jacobo el personero del pue- blo, y Tomás Arango, un arquitec- to comisionado por el gobierno pa- ra la construcción de una concen- tración escolar del programa de la Alianza para el Progreso, del pre- sidente Kennedy; sería levantada la edificación, donde en un impro- visado campo, se jugaban los par- tidos de fútbol entre los equipos del pueblo. Con elocuente entusiasmo, el funcionario municipal mostraba los linderos y a una pregunta del doctor Tomás Arango, explicó:

—¿Esa edificación?... es la cár- cel... un viejo edificio que pide reemplazo.

El profesional pasó la vista so- bre los tejados de barro, verdosos de liquen, donde germinaban se- millas traídas por el viento y el estiércol de las aves; el aspecto de las paredes, con el pañete descas- carados, donde habían sido tapia- das las ventanas, inspiraban un sentimiento deprimente de abando- no y miseria; podría asegurarse, que reflejaba en su exterior, el es-

tado anímico que debía imperar en los desgraciados, pudriéndose tras de sus gruesos muros de tierra pisada y adobe. Solo se abría como respiradero, débil contacto con el mundo exterior de la libertad, el angosto tragaluz abarrotado... En él, vio el contorno desolado y amarillento de un rostro, y unos ojos afiebrados que lo observaban con ansiedad y desesperación... Cual si estuviera hipnotizado por ese desecho humano, el arquitecto permaneció en silencio, en mirada mutua con el prisionero. Al observarlo, don Jacobo comentó:

—No creo se alegren los presos por la construcción. Ella acabará con los partidos en este campo, su única distracción... ¿Sabe cómo los contemplan?... por turnos, trepados el uno sobre los hombros del otro. ¡Ahora se aburrirán de verdad!

Y dio la espalda a la edificación, como si no quisiera saber nada de ella.

* * *

Días después, don Jacobo y Tomás Arango volvían a encontrarse en el despacho del primero. El funcionario municipal daba término al trámite de unos documentos; a sus espaldas, en la pared, lucía ahora un nuevo personaje enmarcado, al lado de los cuadros del Sagrado Corazón y Simón Bolívar, imprescindibles en toda oficina de pueblo: el del asesinado presidente John F. Kennedy.

Al descubrir al arquitecto absorto en la contemplación del retrato, el personero puso cara de iluminado orgullo:

—Lo colocamos la semana pasada... luego de su venida para

anunciarnos la construcción de la escuela... Es una bella fotografía... ¿verdad doctor?

Algunos comentarios en torno a la trilogía de personajes en la pared, los llevó al tema definitivo:

—¿Cómo va la escuela doctor?

—Un tanto lenta... me falta personal; ¿podría conseguirme algunos?

La expresión de don Jacobo tuvo algo de disculpa:

—Es el asunto de la cosecha; en estos días, todo brazo hábil está en las labranzas... (y como en broma)... Solo los presos estarían a disposición.

Tomás Arango puso cara de sorpresa:

—¿Los presos?... ¿Habla en serio?

Don Jacobo encogió los hombros, sonrió indulgente:

—Sería un acto humanitario ponerles oficio... no imagina cómo viven...

El arquitecto abandonó la oficina del personero con un pensamiento que se guardó muy bien de expresar:

—¡Qué ocurrencias las de este viejo!... ¡Hacer una escuela con los presos!... ¿Qué se habrá creído este estúpido?

* * *

Pero al día siguiente..., la idea no le parecía tan loca.

Desde un balcón de la casa municipal, con una cara divertida, don Jacobo llamó la atención del arquitecto, cuando pasó por la plaza:

—Doctor... aquí le tengo sus "joyitas".

Tomás Arango sintió un poco de recelo, o tal vez de temor. Había aceptado la idea del personero; ahora debería hacerse cargo de los presidiarios. Esa mañana, fue a visitarlos a la cárcel y aún se estremecía al recordarse dentro de la lúgubre casona, escoltado por un guardia, sobre él la mirada fiera de los presos, quienes no parecían entender su proposición de darles trabajo en el día, con oferta de pagarles jornal corriente a cualquier obrero. Acostumbrados a ser tratados como delincuentes, no podían ocultar una expresión de desconfianza, que también podía tener algo de burla... ¿Estaría loco ese doctor para confiar en ellos...? ¿Cuando toda la humanidad los repudiaba?

El personero lo esperó en la parte alta de la escalera, lo tomó confianzudo del brazo, lo condujo al juzgado:

—Tendrá que firmar un documento, doctor Arango... donde se hace responsable de estos hombres durante el día... ¡Claro! Le daremos un guardia permanente por si acaso...

Con duda, sin atinar si cometía una imbecilidad, Tomás Arango se dejó llevar dócilmente hasta el barandal de madera del despacho, donde el juez, anciano y de cabeza blanca, lo miró con ojos sonrientes y picarescos (burlones), le leyó un escrito en papel sellado para imponerle de su responsabilidad al tomar bajo custodia a los presos, lo hizo jurar y firmar... Cuando dio término a la ceremonia, si así podía llamarse este acto, se volvió para encontrarse con los cinco presidiarios, alineados como chiquillos

contra la pared: bañados, afeitados, sus rostros jóvenes eran bien distintos de aquellas caras hirsutas que vio en la prisión; con una sonrisa tímida y unos ojos de niños esperanzados, habían escuchado la solemne lectura del juez; lo contemplaban ahora como su salvador!

—Se le dará un agente para la vigilancia.

Reiteró el abogado. Tomás advirtió una fugaz vergüenza en los delincuentes; sin alcanzar a reflexionar el alcance de su ocurrencia, respondió con la vista fija en los cinco jóvenes:

—No será necesario... Confío en ellos y así será mejor.

Y les guiñó un ojo.

La risa distendía aquellos labios después de muchos meses de encierro; en fila, como obedientes escolares, siguieron al arquitecto fuera del juzgado.

Sobre el barandal lustroso, se cruzaron las miradas del juez y el personero: no sabían qué decir.

* * *

La presencia de cinco presidiarios en la obra, produjo su impacto en el resto de trabajadores, quienes no querían sentirse en pie de igualdad con ellos; procuraban no hablarles; los hacían laborar en grupo aislado, cual si temieran contaminarse; por lo bajo, murmuraban y criticaban al arquitecto, quien no se daba por entendido; sin embargo, lo veían vigilante, tenso a veces... incansable en la dirección de los trabajos, de los cuales no se apartaba un momento.

A la hora de almuerzo, Tomás Arango llevó a los presidiarios a la "asistencia" donde servían los alimentos a los trabajadores; la consternación fue general, y llegó al límite cuando se sentó a la misma mesa con ellos... ¡Ninguno quería comer con los presos!... Pero con el transcurso de los días y el adelanto de la obra, el estado de tensión cedió. La presencia de los cinco jóvenes delincuentes se hizo familiar, y para el día de la paga hasta los invitaron a beber algunas cervezas; el fastidio que implicaba su condición de transgresores, dejó de ser un impedimento para colaborar en el trabajo; la mancha del delincuente, su carácter de penados, que al principio fuera un obstáculo y los hiciera intratables, se había esfumado. Ya solo veían en ellos su condición humana... Por su parte, los cinco jóvenes, operarios en la nueva obra, a la vista de la casona de la cárcel, parecían rehacer su vida y despojarse de la infamante vestidura; con la paga adquirieron ropas nuevas, enviaron dinero a sus casas, recibieron la visita de los familiares, quienes estupefactos, los contemplaban en su oficio de obreros de la nueva escuela. Entre ellos, cuando se referían a la construcción de la cárcel, la llamaban "el hotel"... al cual volvían todas las tardes por su propia cuenta.

Ya los presos no soñaron en las noches con los delitos cometidos;

ahora, era su pensamiento principal, los trabajos que realizaban entusiastas en la nueva edificación; aprendían un oficio..., con orgullo, secretamente, pensaban que en la escuela algún día estudiarían sus hijos... Con la enseñanza de las aulas, no correrían el peligro de caer en la desgracia sufrida por ellos por falta de instrucción...

* * *

Cuando se inauguró la escuela, con la presencia uniformada de los estudiantes, banderas tricolores y estandartes, con el cura revestido de capa pluvial e isopo para esparcir agua bendita, con el alcalde, el personero y funcionarios venidos del gobierno central, además de toda la asistencia del pueblo, no fue notorio ni extraño el grupo de cinco presos acompañados de un guardián... Ellos habían ayudado a la construcción de la escuela, y emocionados, con los ojos húmedos, reconocían la oportunidad que habían tenido con el trabajo, a superar su tragedia... Volverían a la celda, es cierto..., por algún tiempo, hasta cumplir la condena; pero desde ella, desde el tragaluz abarrotado, podrían mirar todos los días esas paredes blancas en las cuales pusieron su empeño..., y sería la gritería de los chiquillos en el recreo, como un himno de esperanza a una vida que un día rehacerían...